

OBRA MAESTRA
DEL
CINE

*El policia rural por
William
Desmond*



25
cts

A NUESTROS LECTORES

Anunciamos a nuestros favorecedores, que por los motivos que hemos expuesto en números anteriores, a partir del día 10 de enero del próximo año, OBRAS MAESTRAS DEL CINE cambiará este título por el de

La Película Selecta

que, a nuestro juicio, se ajusta como aquél a la índole de esta publicación.

Estamos seguros de que

La Película Selecta

obtendrá la misma favorable acogida que OBRAS MAESTRAS DEL CINE, puesto que no será más que su continuación.

Deseosos siempre de corresponder al favor de los que con su apoyo y entusiasmos nos han estimulado en nuestra empresa, anunciamos a nuestros lectores que

La Película Selecta

aparecerá notablemente mejorada y que, sin alterar su precio, publicaremos en ella las adaptaciones novelescas de las mejores producciones cinematográficas, escritas por nuestros más brillantes literatos.

Leed y propagad

La Película Selecta

Por no haber llegado a tiempo la película

EL NIÑO REY

nos hemos visto obligados a alterar el orden de publicación, que teníamos anunciado.

El próximo día 3 saldrá el último número de OBRAS MAESTRAS DEL CINE. Cerraremos nuestra publicación, como con broche de oro, para inaugurar seguidamente

La Película Selecta,

con la publicación del argumento de la grandiosa película

EL NIÑO REY

única filmada en los interiores y parques de Versalles por autorización especial del Ministerio de Bellas Artes de Francia, y en la que se describe la desventurada odisea del infortunado Luis XVII.

Postal de Luciano Albertini.

STANTON, Richard

Año I — N.º 39 Barcelona, 27 Dichre. 1924 Redacción y Administración: Pelayo, 62 Teléfono 4128 A	OBRAS MAESTRAS DEL CINE PUBLICACIÓN SEMANAL	Suscripción: España 3 pts. tri. Extrj.º 17 » año En combinación con la revista EL CINE España 2'50 pts. tri. Extrj.º 15 » año N.º ord.º 25 cts. Extra.º 50 »
DIRECTOR-PROPIETARIO: FERNANDO BARAGÓ-SOLÍS		

EL POLICIA RURAL

(MCWIRE OF THE MOUNTED, 1923)
Argumento de la interesantísima película de este
título, marca «Universal»

Protagonista **William Desmond**

CONCESIONARIOS: **HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.**
Valencia, 235.-Barcelona

I

Hasta en la calma y majestad de los bosques canadienses, donde la vida del hombre, por su contacto directo con la madre naturaleza, invitadora a la augusta tranquilidad y a la paz sedante de los cielos abiertos, parece haberse deslizar con la dulce y primitiva monotonía del bien innato y de la inmanente justicia, grabados en el corazón y en las inclinaciones de los seres racionales, ha sido necesaria la intervención de la sociedad organizada para contener desmanes y evitar desafueros...

Bob McGuire, del Noroeste montado, había sido destacado en lo más fragoso de las selvas para vigilar aquellos contornos y procurar la captura de una banda de contrabandistas que, según confidencias, tenían su guarida en el mismo corazón del bosque.

Bob McGuire era muy estimado de sus jefes por su arrojo y valentía, cien veces confirmada en las difíciles y arriesgadas misiones que le habían sido confiadas.

Caballero en un hermoso alazán, de pura sangre, inquieto y nervioso, atisbaba, desde la más elevada cresta de aquellas montañas virgenes, las veredas y caminos, atento a cuanto pudiera parecerle sospechoso. En aquella altura semejava una magnífica estatua ecuestre...

De pronto vió algo que le llamó la atención. André Montreau, el anciano barquero que hacía la travesía por el río, conduciendo a los que lo alquilaban hasta las poblaciones cercanas, remaba desesperadamente por imperativo manifiesto de un hombre que parecía tener mucha prisa en llegar a su destino.

Bob hizo la señal de alto y el barquero dejó de remar, encaminando la embarcación a la costa.

El ocupante de la canoa le increpó enérgicamente:

—¡No te pares, estúpido! ¡Te he pagado para que corras!

Pero André, sin atender su mandato, atracó en el margen, exclamando:

—El policía ha dado la señal y tengo que parar.

Saltó a una peña, seguido de su acompañante, que con frases violentas le intimaba a reanudar la marcha.

Y como el barquero se negara a sus requerimientos, le asestó una certera puñalada, cayendo a tierra malherido.

El extraño personaje embarcóse de nuevo y con desesperados esfuerzos se alejó de aquellos lugares.

A los pocos momentos llegó Bob McGuire, que se dispuso a auxiliar al herido. Procuró contener la hemorragia y cargándolo en su caballo lo condujo a su cabaña, enclavada en lo más fragoso del bosque.

Habitaba en ella André Montreau en compañía de su hija Julia, preciosa muchacha, encanto y alegría del anciano barquero.

En aquellos momentos rondaba la cabaña Henri Beaupré, hombre pendenciero y conocido contrabandista, que deseaba a Julia tan ardientemente como odiaba a los guardianes de la ley y de un modo especial a Bob McGuire, quien más de una vez había conseguido desbaratar sus planes, y a quien suponía también enamorado de la linda hija de André.

Al apercibirse de la llegada del policía rural, ocultóse rápidamente.

Julia lloró amargamente al ver a su padre en aquel estado, aunque lograron serenarla algún tanto las frases de consuelo y aliento de Bob McGuire.

Después de atender convenientemente al herido, éste pareció reaccionar.

El policía trató de averiguar.

—¡ André!—le dijo—. Procure usted recordar. ¿Quién era aquel hombre?

—No sé, Bob. Jamás le vi por aquí. Quería un pasaje rápido a Santa María.

—Pero ¿era un cazador o un simple viajero?

—No puedo puntualizarlo. Por lo que dijo, no conoce estos bosques. Lo único que me chocó fué el cuidado con que llevaba un pequeño paquete.

Como André diera señales de fatiga, el policía rural no quiso seguir interrogándole. Llevóse a Julia a un extremo de la estancia y la habló:

—Tienes que ser una niña buena y animosa. Esto no será nada. Cuida bien a tu padre. Yo voy a unas diligencias y te prometo volver pronto.

—¿De veras no va a tardar mucho en regresar?—le preguntó Julia, poniendo en su voz un acento de extraña súplica.

Bob la miró intensamente a los ojos e hizo un gesto afirmativo.

La niña, con rubores de amapola, insinuó:

—¡ Sí, vuelva! Tengo un secreto que decirle.

—¡ Pues dímelo ahora, chiquilla!

—¡ Ha de ser al oído!

McGuire inclinóse a escuchar la confidencia. Julia le besó levemente en la mejilla.

—¡ Esto!—y corrió atolondrada por la habitación.

El policía la siguió y estrechándola entre los brazos, exclamó:

—¡ Ah, diablejo! ¿Cómo sabías que yo te amaba?



— ¡Sí, vuelva! Tengo un secreto que decirle.

—El viento del Norte me lo dijo al oído—respondió la muchacha con un delicioso mohín—. Por eso Julia no ha dado jamás sus labios a otro hombre...

—¡Ni yo mi corazón a otra mujer!

Despidiéronse, con el pensamiento de su próxima entrevista...

II

Santa María era una pequeña y pintoresca villa, pueblo de granjeros, cazadores y contrabandistas, ciudad a medio civilizar aún, que cobijaba en su seno una población heterogénea y de un extraño cosmopolitismo.

Punto de reunión, lugar abierto a las diversiones y esparcimientos, bolsa de contratación, donde se acordaban los más opuestos negocios, era «La Puerta Abierta», bar, restaurant y casino a un mismo tiempo.

Para Bill Lusk, su propietario, «La Puerta Abierta» era un negocio secundario y como la tapadera del contrabando, principal fuente de sus saneados ingresos.

En aquel momento paseábase por el establecimiento, aguardando con ansiedad la llegada de Henri Beaupré.

En esto vió a Dippy y corrió a su lado.

Dippy era un pobre muchacho, que padecía una extraña monomanía. Sólo era feliz, y podía tenersele satisfecho, cuando contemplaba la luz de las llamas, que parecían atraerle con fuerza hipnótica. A la luz de una bujía

o de una cerilla, animábasele el rostro con extraña expresión de contento y se abstraía de todo obsesionado en la atención de la llama.

—¡Largo de aquí!—empujóle violentamente Bill Lusk—. ¿Vas a estarte quieto con tus cerillas? ¿O es que quieres incendiarme la casa?

Y a empuellones lo sacó a la calle. En aquel momento llegaba Beaupré y los dos compinches entraron en las habitaciones particulares de Bill Lusk.

Oculto en ellas estaba Decker, que era como el jefe de la banda de contrabandistas, eterno aficionado a los solitarios, en los que encontraba distracción en sus largas horas de encierro.

—Fuiste un estúpido al herir a André—le recriminó Beaupré, que oculto cerca de la cabana del barquero se había enterado de lo ocurrido—. Si se cura, te reconocerá y entonces acabaremos todos en la prisión.

—No te preocupes—respondió Decker—. Cuando yo acierto una, mis víctimas no se curan.

—Suponte que la policía encuentra el contrabando, ¿qué pasa entonces?

—¡Hombre! Yo no creo que vayan a hacer un registro en la iglesia... No me negarás que sé ocultar las cosas.

Los tres hombres callaron un momento al oír pasos que se acercaban. Y entró Katie Peck, la rubia muchacha que, enamorada un tiempo de Bill Lusk, les había servido de cómplice, y ahora ejecutaba sus órdenes atemorizada por las amenazas de los contrabandistas.

Los reunidos cambiaron impresiones sobre la posible intervención en sus asuntos de Bob McGuire, el policía rural, que sin duda estaría buscando al autor del atentado al viejo barquero...

III

Bob, recordando las palabras pronunciadas por André Montreau, dirigióse a Santa María, presentándose seguidamente al jefe de las fuerzas destacadas en la villa.

El comandante Felipe Cardwell, que apreciaba mucho a Bob, le saludó con la mayor cordialidad.

—Tengo que darle una sorpresa, McGuire. ¡Me he casado hace una semana! Voy a presentarle a mi esposa.

Pero la sorpresa la tuvo el comandante al ver que su mujer y Bob se saludaban con muestras de la mayor alegría y afecto.

—Su esposa y yo íbamos juntos a la escuela en Montreal. ¡Somos antiguos conocidos!

—La ciudad nos prepara una gran recepción, Bob—dijo la esposa del jefe—. Tienes que prometernos que no faltarás a la misma.

Así lo hizo el policía, de muy buen grado.

McGuire, que sospechaba los negocios ocultos que se fraguaban en «La Puerta Abierta», se propuso estar a la mira de todo movimiento sospechoso.

Al ver salir a Katie Peck, la siguió disimu-

ladamente. Iba aquélla con un cesto en el brazo y se dirigió a casa del Padre Benoit, el pastor de la villa, que vivía en la misma capilla. Entró detrás de la muchacha, que hizo un movimiento de sorpresa al ver al policía.

Sin que nadie se lo pidiera, explicó a Bob:

—Le traigo algunas ropas al Padre Benoit para sus feligreses pobres.

Poco después abandonó Katie la casa del pastor, deteniéndose un momento en la iglesia.

Bob saludó entonces al Padre Benoit, a quien conocía de siempre, pues el anciano pastor residía más de cuarenta años en la villa.

—Hoy he comprado el anillo para mi futura. Voy a casarme con Julia Montreau, la hija del barquero del bosque.

El Padre Benoit le felicitó por su elección y le prometió ser el ministro del acto.

Al llegar Katie Peck a «La Puerta Abierta», entregó a los contrabandistas el paquete que tenían escondido en la iglesia y que ella acababa de recoger.

—Lo mejor es que te deshagas de eso—dijo a Decker—. McGuire no es tonto y creo que ha sospechado de mí.

En esto se abrió la puerta de la estancia y entró Dippy, el pobre monomaniaco, dando muestras de gran agitación. Se encaró con la muchacha:

—Yo te he visto sacar algo de la iglesia... Y se lo voy a decir a Bob McGuire...

Hubo un movimiento de expectante temor... Pero Bill Lusk sacando un cajón de cerillas se lo ofreció al infeliz desequilibrado, que con muestras de gran complacencia se puso a mirar

con fija atención la llama azul y amarilla, olvidado totalmente del objeto que hasta allí le había llevado.

—¡Oye!—dijo Bill a Decker—. Yo creo que lo mejor sería que te fueras esta noche con el paquete. Temo que Bob McGuire nos haga una mala pasada.

—¡Pero qué tontos y qué tímidos sois! No tengáis ningún cuidado. De ese flamante policía me encargo yo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Tengo un plan para atarle de pies y manos, aunque nos encontrara con el contrabando entre las manos.

—¡Veamos!

—Pues hacelo aparecer como uno de nosotros. Y para ello, nada mejor que casarlo con Katie.

—¿Cómo? ¿Cuándo?—dijeron al unísono Bill Lusk y Henri Beupré.

—¿No se celebra esta noche la recepción en honor del comandante de policía? Seguramente concurrirá McGuire. Pues con la ayuda de Katie...

—¡Yo no hago nada!—protestó la muchacha, que hasta entonces había permanecido callada.

—¡Ah! ¿No? Tú verás lo que prefieres; o nos secundas o ya sabes que nos es muy fácil mandarte a la cárcel.

—¡Además—terminó Decker—que no le va a pasar nada a ese guapo mozo!

Katie bajó la cabeza en señal de resignada sumisión.

—Tú le echas esto en su vaso—dijo el jefe

de la banda entregándole un frasquito—y después procura llevártelo arriba.

—¡Y que todo viene a pedir de boca!—resumió Bill Lusk—. Precisamente ha pedido hoy hospedaje un pastor que está de paso para Montreal. De modo que si lo necesitáramos...

Bob McGuire, no sólo por un caritativo sentimiento hacia André Montreau, a quien había dejado en gravísimo estado, sino por la natural ansiedad de volver a abrazar a su adorada Julia, volvió aquella tarde a la cabaña del barquero.

Julia le estrechó con apasionada vehemencia y levantó hacia él sus claros ojos, en los que se leía un resignado desconsuelo.

Bob acercóse a la cama del herido.

—¡Esto se acaba!—gimió André—. ¡Siento que me muero a toda prisa!

McGuire prodigó al barquero cariñosas palabras de aliento. Después, y en su presencia, sacó el anillo de nupcias y lo colocó en el dedo de Julia. Se abrazaron.

André, con lágrimas en los ojos, exclamó:

—¡Gracias, Bob! Me muero tranquilo dejándola a tu cuidado...

Al partir de nuevo el policía hacia Santa María, selló con un largo beso de infinita ternura el juramento que tan solemnemente acababa de hacer a la cabecera del moribundo.

IV

Por la noche se celebró la gran recepción organizada en honor del comandante Felipe Cardwell y de su esposa, que tuvo lugar en «La Puerta Abierta», engalanada convenientemente para el solemne acto.

Bill Lusk, vestido de fiesta, hacía los honores de la casa con gran prosopopeya.

También Dippy, muy mudado y compuesto, se apropiaba los deberes de anfitrión y prodigaba a diestro y siniestro sus cumplidos y zalamerías.

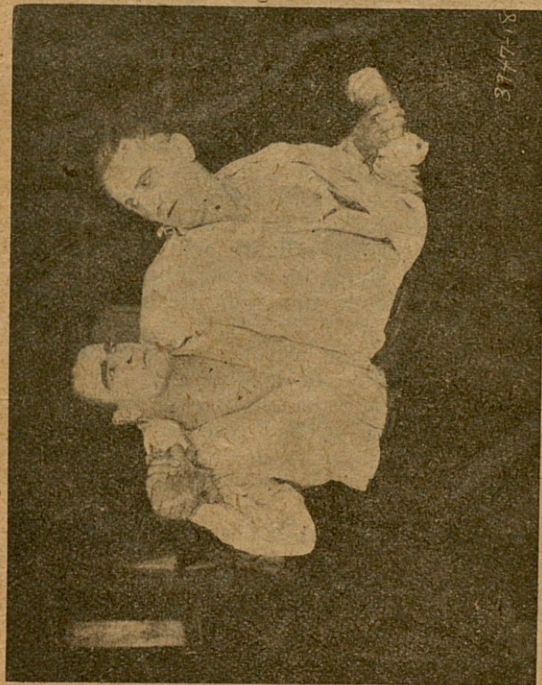
Con dos copas de más en el cuerpo, se creyó irresistible y se puso a requebrar a una horrible mujer, especie de esqueleto con lentes, que sin duda se le antojaría excelsa y de peregrina hermosura.

Va mediada la fiesta, llegó Bob McGuire, siendo recibido con muestras de agrado por el matrimonio homenajeados. La esposa del comandante bailó con Bob y ambos estuvieron recordando con gran complacencia escenas de su alegre niñez...

Al dirigirse el policía al mostrador, que servía Katie, para tomar un refresco, ésta echó en la copa el contenido del frasquito que le entregara Decker.

Pocos minutos después comenzó a sentir Bob un intenso mareo y a perder la noción exacta de las cosas.

—¿Qué te pasa, Bob?—fingió interesarse la



La lucha fué terrible. Los dos hombres, fuertes y avezados al ataque y a la defensa...

muchacha—. Tú estás enfermo. ¡Ven, déjame que te cuide!

Y con aparente solicitud lo condujo a las habitaciones altas del establecimiento.

Entretanto sus cómplices, advertidos del excelente resultado de su plan, corrieron a avisar al pastor que se alojaba aquella noche en «La Puerta Abierta».

—Venga usted, señor. Uno de los muchachos ha decidido seguir el ejemplo de su comandante y necesita de sus buenos oficios.

Poco después se había celebrado el matrimonio de Bob McGuire y Katie Peck y quedaba extendida la correspondiente acta fehaciente.

A la mañana siguiente despertábase Bob en su cabaña, sintiendo una inexplicable laxitud en todo su cuerpo.

Pasóse la mano por la frente y restregóse los ojos, como dudando de lo que veía.

¿Cómo se encontraba en su casa, vestido y echado sobre aquel diván? Nada recordaba de la víspera y resultaban nulos sus desesperados esfuerzos para aquilatar su actuación en la noche anterior.

Levantóse con cansado desmerezo y pasó a su dormitorio.

No pudo reprimir una exclamación de sorpresa. En su cama yacía una mujer... y aquella mujer ¡era Katie Peck!

—Pero ¿qué quiere decir esto?—interrogó a la muchacha cuando ésta se hubo vestido.

—¡Pero, Bob!—respondió a su vez la preguntada, fingiendo la mayor ingenuidad—. ¿No te acuerdas? ¡Parece que has perdido el juicio!... ¡Anoche nos casamos!

McGuire pensó por unos momentos si realmente no estaría cuerdo. Trató de reponerse de sus emociones.

—¿Cuál es tu juego, Katie?—dijo con severa energía—. Es posible que anoche cometiera alguna tontería, pero yo no me casé contigo.

—Toma, si dudas.

Y la muchacha entregó al policía el acta de matrimonio.

Bob no sabía qué pensar de todo aquello. ¡Pero si él no recordaba nada! ¿Cómo era posible?

—Parece auténtico—terminó, examinando el documento—. Pero... no lo entiendo.

—Sí, hijo—confirmaba Katie—. Me hiciste el amor desesperadamente y te empeñaste en que nos casáramos enseguida... Y como yo he sentido siempre por ti una irresistible simpatía...

Katie intentó abrazarle con su más refinada coquetería.

Bob la contuvo con sereno gesto.

—¡Está bien! Investigaré la verdad de lo ocurrido. Y si la culpa de esta anomalía la tengo yo, te prometo tratarte con todas las deferencias y consideraciones... Pero no esperes nunca que te ame. ¡Eso no sería posible!

El policía recordó con amarga desesperación a Julia, que allá en su solitaria cabaña le estaría esperando con todas las ansias de su enamorado corazón...

Después de las primeras investigaciones fué a visitar al Padre Benoit, a quien expuso su caso, requiriendo su sabia opinión.

—Padre ¿qué debo hacer? Nadie me sabe dar razón exacta de lo sucedido, y sin embargo todo parece haber sido hecho legalmente. Y si realmente estoy casado con esa mujer ¿qué hago yo de Julia, de mi Julia?

—Hijo mío, tu deber es muy claro—respondió el pastor con dulzura—. El matrimonio que has contraído anula todo compromiso anterior. ¡Debes olvidar a Julia!

Bob McGuire, con el alma transida de dolor, regresó a su cabaña, dispuesto a cumplir con sus deberes de hombre de bien.

Katie, rodeada de las atenciones y respetos debidos a la esposa, sentía invadir su alma por dos sentimientos bien distintos y que, sin embargo, se hermanaban estrechamente en su corazón: el remordimiento de su engaño y un naciente y verdadero amor por Bob a la vista de su sencilla honradez y su caballeresco proceder para con ella.

—Desearía que pudieras amarme, Bob... ¡Aunque fuera muy poco!

Peró en el pecho de McGuire seguía potente y viva la exaltación de aquel cariño por Julia, que, en su engaño, estimaba imposible y vedado...

V

Katie, cada día más enamorada de aquel hombre bueno y noble, y temerosa siempre de las artimañas y dobleces de sus antiguos com-

plices, decidió prevenir cualquier eventualidad desagradable para Bob McGuire.

Fué a «La Puerta Abierta» y requirió a su propietario para que la escuchase.

—Quiero hablar contigo, Bill.

Lusk la condujo a sus habitaciones, sitas en el piso alto.

—¿Y bien?—dijo, como invitándola a empezar.

—Poca cosa. Vengo a decirte que he visto en McGuire tal honradez y tal hombría de bien, que, sin quererlo, he llegado a cobrarle un gran cariño... Más claro, Bill, que le amo.

—¡Caramba!—interrumpió jocosamente Bill.

—Y si tratas de hacerle daño—continuó la muchacha con la mayor energía—te prevengo que descubro toda tu historia a la policía, aunque yo pague también las consecuencias...

Hablaban apoyados en los cristales del amplio bacón, que daba a una terraza, y desde el que se divisaban todos los alrededores.

Bill Lusk vió a Bob McGuire que pasaba en aquel momento, acompañado de la esposa del comandante, ensarzados ambos en animado coloquio.

Y quiso aprovechar aquella coyuntura para sus malvados fines.

—Ven acá, Katie, y mira—dijo señalando a la pareja—. ¿Arriesgarías el ir a la prisión por un hombre como ese? ¿No ves claramente que está prendado de la mujer que acompaña y que ni te respeta ni tú significas nada en su vida?

Katie sintió la punzada de los celos y su ros-

tro se contrajo con expresión de sorda rabia y hondo desespero.

—Y si no crees que hay algo entre ellos—siguió tentando el malvado—procura que ella vaya esta noche a tu cabaña y podrás convencerte por tus propios ojos.

La muchacha aceptó el consejo de Bill.

Bob y la señora de Cardwell pasaban en aquel momento por delante del establecimiento. El policía iba mohino y cariacontecido. La esposa del comandante parecía pretender animarle. Si alguien les hubiese escuchado hubiera podido oír estas palabras:

—Yo tampoco puedo explicarme lo que te ha sucedido, Bob. Pero si crees que yo puedo hacer algo para ayudarte, cuenta conmigo.

Bill Lusk había trazado su plan para perder al policía rural, y creyó conveniente actuar personalmente.

Dirigióse al anochecer a casa de Bob McGuire y halló a Katie Peck nerviosa y agitada.

—He escrito a la señora Cardwell, y la espero de un momento a otro. Me extraña que no esté aquí ya.

Oyeron pasos de alguien que se acercaba a la cabaña.

—Es tu marido—indicó Bill—. Lo mejor es que tú te vengas conmigo y desde fuera veremos lo que sucede. ¡Vamos a divertirnos contemplando como se hacen el amor!

Katie agitóse en un temblor de dolorosa fiebre.

Era, en efecto, Bob McGuire. A los pocos momentos llegaba la esposa del comandante.

—¿Y tu esposa?—interrogó la recién llega-

da—. Esperaba encontrar aquí a Katie. Me ha escrito que quería verme.

—¡Siéntate! No tardará. Habrá ido a alguna diligencia.

La señora de Cardwell al ver la honda pena que nublaba el rostro de su antiguo compañero de colegio, trató nuevamente de consolarle.

—Bob, me duele verte tan infeliz—dijo acariciando su mano—. Pero no desesperes. Yo tengo confianza en que algún día se arreglará la situación en favor tuyo y de Julia, la mujer a quien amas...

Bill y Katie, desde una ventana contemplaban la escena que, en apariencia, venía a confirmar las sospechas que Lusk había hecho concebir a la desgraciada esposa de Bob.

De pronto hizo irrupción un nuevo personaje.

El comandante Cardwell, avisado por un corbarde anónimo que Bill había hecho llegar a sus manos, presentóse ante la inocente pareja y con exaltada violencia, gritó:

—¿De modo que a espaldas mías estáis afrentándome con vuestros canallas amores? ¡Perjuros!

Los recriminados quedaron mudos de asombro ante la actitud del comandante, que no podían explicarse.

Cardwell se adelantó hasta ellos y cogiendo a su mujer por un brazo la sacó a rastras de la estancia.

Volvió luego y sin más preámbulos cruzó la cara de Bob con sus guantes.

McGuire no respondió a la humillación.

—¿Por qué no te defiendes?—gritó colérico el comandante.

—¡ Usted es mi jefe !

Cardwell se arrancó la guerrera, quedando en mangas de camisa.

—¡ Y ahora no soy más que un hombre !—
Y abofeteó nuevamente al policía.

Bob, cegó de ira por el inmerecido insulto y, despojándose también de la guerrera quedó frente a su retador.

La lucha fué terrible. Los dos hombres, fuertes y avezados al ataque y a la defensa por su misma profesión, se acometían con ímpetu arrollador, exaltados por el coraje de supuestas ofensas.

Katie estaba petrificada por el terror y Bill sonreía con siniestra expresión de contento.

El malvado sacó un revólver y apuntó a los que luchaban, y aunque Katie hizo desesperados esfuerzos para arrancarle el arma, no pudo impedir que disparase.

El comandante Cardwell cayó pesadamente a tierra.

McGuire, horrorizado al contemplarle cadáver, abrazó a aquel hombre, a quien respetaba y amaba, a pesar de lo que acababa de ocurrir.

La esposa del comandante entró en la habitación, y tremante de indignación y de dolor, escupió al rostro de Bob:

—¡ Cobarde ! ¡ Canalla ! ¡ Has matado a mi esposo !

Y en frenética carrera llegó hasta el alojamiento de las fuerzas de policía, pudiendo apenas exclamar:

—Hubo una reyerta... en la cabaña de McGuire... y éste mató a mi esposo.



Bob puso un dedo sobre sus labios...

Bill Lusk arrastró a la fuerza a Katie de aquellos lugares.

Bob, temeroso de que, condenado por las apariencias, fueran a detenerle, mientras el verdadero asesino quedaba libre, creyó lo más conveniente huir hacia el monte.

Y encaminó sus pasos a la cabaña de Julia Montreau...

VI

Julia recibió una gran alegría al ver a Bob McGuire.

El policía, en aquella hora de adversidad, sintió junto a la mujer tan ardientemente amada, un sedante consuelo y suave alivio a sus pesadumbres.

Sin comunicarle la verdad respecto a su extraño casamiento, le habló del hecho que acababa de ocurrir, no necesitando justificar su inocencia a los ojos de Julia, que ni por un momento pensó en la culpabilidad de Bob.

—Descansaré un poco a tu lado y luego trataré de encontrar las huellas del verdadero asesino.

Pero abrióse la puerta de la cabaña y se presentó el sargento de policía que venía a detener a McGuire.

—¡Alto!—gritó Julia—. ¡El es inocente! ¡No se lo llevarán! ¡Me pertenece!

Bob puso un dedo sobre sus labios, como suplicando a su compañero un poco de res-

peto y tolerancia para la comprensible exaltación de la muchacha.

—¡Perdóneme, Julia!—dijo el sargento—La ley llama a Bob y él no puede resistirse a su conjuro. Sin embargo, yo también creo que es inocente.

—¡Vamos!—exclamó McGuire—. Y tú, Julia, te vienes con nosotros.

Puso a la muchacha a la grupa de su caballo y emprendieron la marcha a Santa María.

Entretanto en «La Puerta Abierta», la infeliz Katie Peck pagaba el precio de su lealtad respecto a Bob.

Los contrabandistas la ataron fuertemente a una silla, y se dispusieron a huir.

—Comprende—decía Bill a la muchacha—que nosotros no vamos a arriesgarnos a que nos delates. Aquí te quedas hasta que nosotros estemos lejos del país. ¡Ya vendrán a soltarte, preciosa!

Los tres cómplices salieron a la calle. Entre los transeúntes se comentaba la noticia.

—¡Ya traen preso a McGuire! ¡Vamos a verle!

Bill procuró excitar al populacho en contra del policía y al frente de los exaltados se dirigió al encuentro de Bob.

El sargento, que se apercibió de la llegada de las turbas, indicó a McGuire:

—Esa gente puede tener malas intenciones respecto a ti. Mejor es que nos vayamos por otro camino.

Y a toda prisa volvieron grupas...

Un día u otro tenía que suceder, y ocurrió aquel día y en aquellos momentos. La mono-

manía de Dippy, que se entretenía en encender cerillas para recrearse en la contemplación de la azulada llama, ocasionó el incendio de «La Puerta Abierta», que tomó rápido incremento.

Katie, al apercibirse de las llamas, hacía desesperados esfuerzos para soltar sus ligaduras. Pero estos resultaban estériles. A rastras logró llegar hasta el balcón y con la cabeza rompió los cristales.

La gente, al ver a la muchacha entre el fuego, comenzó a dar gritos demandando socorro.

Dippy, sin saber qué hacer, corría alocadamente en dirección al monte, y al tropezar con Bob y sus acompañantes, gritó con desesperación:

—¡Fuego! ¡El Hotel se está quemando y Katie está dentro!

—¿Qué dices?—exclamó McGuire—. ¡Esto me toca a mí Murphi! ¿Basta mi palabra de honor?

El sargento hizo un signo afirmativo.

Bob, a todo galope, llegó hasta «La Puerta Abierta», y con riesgo de su vida atravesó por entre las llamas, y llegando a la habitación donde Katie, medio asfixiada por el humo, comenzaba a desvanecerse, cortó sus ligaduras y con ella en brazos regresó a la calle.

La turba, que había ido al encuentro de Bob, regresó al pueblo al ver el incendio y situóse frente al Hotel.

El sargento y Julia habían llegado también.

Katie, depositada en el suelo, y con manifestas señales de fatiga, llamó al Padre Be-

noit, que acudió al lugar del siniestro, y en presencia de su esposo, dijo:

—¡Padre! Bob no es culpable del asesinato que se le imputa. En la hora de mi muerte, que siento acercarse, juro que el que mató al comandante Cardwell fué Bill Lusk.

Calló un momento. Con jadeos de agonía, continuó luego:

—Estos—y señaló a los cómplices—son los contrabandistas que persigue la policía... El matrimonio mío con Bob fué un engaño, a que los infames me obligaron. ¡Y yo, le amo! ¡Perdón!

.....

Pocos días después, y aclarada la misteriosa trama, que a tantas complicaciones había dado lugar, desposábanse ante el Padre Benoit, Julia Montreau y Bob McGuire.

La muchacha, colgada al cuello del policía rural, exclamaba con transportes de júbilo:

—¡Mío, verdad? Mío para siempre y sin engaño...

FIN

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Deseosa la empresa de EL CINE de corresponder al favor constante que el público viene dispensando a OBRAS MAESTRAS DEL CINE, tiene establecido un sorteo mensual de regalos. En cada número de esta publicación se incluye una hermosa postal con el retrato de uno de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que van numeradas, dan derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía directa, con marco, de populares intérpretes del arte mudo.

El sorteo se hace en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo los regalos a los números de la Lotería Nacional sobre los que recaigan los premios mayores.

Los regalos consisten en un artístico retrato de gran tamaño, con un precioso marco, de uno de los más populares actores cinematográficos, al poseedor de la postal cuyo número sea igual al que corresponda el primer premio, y dos elegantes cajas de polvos de arroz Kram, que son los preferidos por las más bellas artistas de la pantalla, a los poseedores de las postales cuyos números sean iguales a los premiados con el segundo y tercer premios.

Como se da el caso de que el tiraje de OBRAS MAESTRAS DEL CINE excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, cifra a que alcanzan los números de la Lotería Nacional, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya de los números premiados.

NUMEROS PUBLICADOS

1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.º *Bavu, el bolchevique* (extraordinario; postal de Thomas Meigh)

Historia de Mussolini y del fascismo

Estudio acabadísimo de la figura del eminente estadista. Su vida y su obra. Fundamentos espirituales e ideario político del fascismo. — Precio: 30 céntos.

Novelas

Amenísima colección de la famosa autora Carlota M. Braeme publicadas en la revista *El Cine*:

Dora. — *Corazón de oro*. — *Azucena*. — *Casada con dos maridos*. — *Por el pecado ajeno o lucha de amor*. — Precio: 2 pesetas tomo.

Cantares

Tomo I. — 500 cantares amorosos (declaraciones, ternezas, requiebros, ponderaciones y serenatas).

Tomo II. — 500 cantares alegres (burlas, desprecios, desdenes, baturradas y disparates). — Precio: 1 peseta tomo.

Música

36 cuadernos lujosamente editados de «Música Popular» con más de 700 páginas de música de gran éxito en los últimos años: 30 pesetas.

45 álbumes de *El Cine* conteniendo unas 700 composiciones musicales muy populares: 35 pesetas.

Album n.º XXXVI de Música Popular

Dedicado al célebre y genial Alvaro Retana, que es a la vez un músico notable, exquisito y un artista de renombre universal. — Precio: 2 pesetas.

Manual de técnica cinematográfica

Indispensable tomo para los artistas, aficionados, técnicos y cuantos se preocupen por la cinematografía en todos sus aspectos. Contiene interesantísimos detalles acerca del origen del cinematógrafo, la cámara toma vistas y sus accesorios, la película virgen, el estudio, el artista, los trucos, el argumento, el laboratorio, la proyección, la electricidad y el cine; directorio de manufacturas, directores y artistas, etc., etc.

Para ser artista de cine

De gran interés en el que el gran trágico Sidney y el incomparable cómico Charlot explica los secretos para triunfar en el arte mudo. (Agotado).

Antonio Moreno

Detallada e interesante información de la trágica agresión de que fué víctima el popular actor cinematográfico en Los Angeles (California). (Agotado).

Argumentos de películas

El lirio púrpura. — Prueba trágica. — Marcela.
El circo de la muerte. — El bucle de oro. (Agotados).

Los reyes en la intimidad

Lujoso libro con cubiertas a todo color e interesantes fotografías, biografías, anécdotas y aventuras galantes de los reyes. Muy interesante, muy entretenido y completamente histórico. (Agotado).

Adquiera usted inmediatamente la colección de

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

pues algunos números están a punto de agotarse.

Los pedidos a la administración de EL CINE,
Pelayo, 62, Barcelona.

Concesionario exclusivo de venta para España

LIBRERIA ITALIANA

Rambla Cataluña, 125

BARCELONA

Imp. GARROFÉ: Villarroel, 12 y 14. - BARCELONA

010 OMC (39)

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

...

Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada



PUBLICACIONES «EL CINE»
Palayo, 62-Teléf. 4198 A.
BARCELONA



Imp. Villarreal, 12 y 14